



# El fatalismo en la literatura y en la cultura de Honduras

Héctor Leyva



***El Fatalismo en la literatura y en  
la cultura de Honduras***  
Héctor Leyva

809.1  
L537

Leyva, Héctor  
El fatalismo en la literatura y en la cultura de  
Honduras / Héctor Leyva. --1ª. ed. --  
Tegucigalpa: PNUD, 2003.  
17 p.

ISBN 99926-672-3-0

1. POESIA-HISTORIA Y CRITICA LITERARIA

## Colección Visión de País 15

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)  
Colonia Palmira, Ave. República de Panamá, Tegucigalpa, Honduras. Noviembre, 2003.

Diseño y diagramación: Giovani Fiallos  
Ilustración de portada: "El xique" de Moisés Becerra

---

Las ideas expuestas en los Cuadernos de Visión de País son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la visión del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

## **Prólogo**

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Honduras, como un aporte destinado a facilitar los procesos de democratización y difusión del conocimiento y la información pertinente para el desarrollo del país, inicia la publicación de tres colecciones: **Visión de País, Cuadernos de Desarrollo Humano Sostenible y Prospectiva**.

Estas series son fruto del trabajo de la Unidad de Prospectiva y Estrategia (UPE) de la oficina del PNUD en Honduras y están destinadas a difundir el pensamiento de académicos, intelectuales, técnicos e investigadores hondureños y extranjeros que desde diferentes perspectivas se enfoquen en la construcción del paradigma del desarrollo humano sostenible.

La difusión y creciente adopción a escala internacional y nacional de un nuevo paradigma del desarrollo humano sostenible, cuya premisa y finalidad es ampliar las capacidades y oportunidades de los individuos, conlleva el desafío de insertarlas y aplicarlas como un eje transversal en la construcción de un proyecto de país. Éste es el propósito de las reflexiones y análisis presentes en cada uno de los trabajos publicados en estas colecciones.

Nuestro propósito es contribuir al análisis y diseño de estrategias y políticas públicas, globales y sectoriales, que reflejen y respondan a la realidad hondureña. Estamos seguros de que la comunidad nacional e internacional encontrarán aquí un espacio para la reflexión y el diálogo en torno a los problemas del desarrollo y el fortalecimiento de la democracia en Honduras.

**Jeffrey Avina**

Representante Residente  
del PNUD en Honduras

## ***Colección Visión de País***

La Unidad de Prospectiva y Estrategias (UPE) del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) es una instancia de análisis, reflexión y apoyo a la gestión de gobierno, sociedad civil y comunidad internacional. Bajo estos lineamientos, es el soporte técnico y administrativo del Foro de Fortalecimiento de la Democracia (FFD), y su objetivo principal es apoyar los procesos de diálogo en materia de desarrollo y democracia, especialmente facilitando y apoyando los procesos de concertación nacional.

Bajo la premisa de la democratización y participación ciudadana como condiciones indispensables para el desarrollo, la UPE ha decidido editar una serie de publicaciones bajo el título de **Colección Visión de País**, con el fin de contribuir a generar el pensamiento, la reflexión y las acciones necesarias en la construcción de procesos de visión de país, tanto globales como sectoriales, regionales y nacionales.

La **Colección Visión de País** recibirá el aporte de diversos intelectuales y académicos nacionales y extranjeros que desde diferentes disciplinas y marcos metodológicos aportarán con su pensamiento a forjar una visión de país para el siglo XXI.

Esperamos que estas publicaciones constituyan una herramienta para facilitar el diálogo y la profundización sobre el país que necesitamos construir, en la perspectiva de un desarrollo equitativo y sostenible centrado en los seres humanos.

***Glenda Gallardo***

*Economista Principal del PNUD y Coordinadora  
de la Unidad de Prospectiva y Estrategia (UPE)*

## Indice

---

Poesía trágica .....	8
Cultura mediática .....	12
Conclusión .....	16
Bibliografía .....	17

En 1915, a propósito de la guerra europea, Ortega y Gasset encontraba que el exacerbamiento de los nacionalismos había respondido al avivamiento de las oscuras mitologías de los pueblos. “Un pueblo –escribió– es su mitología... mitología es el aire de ideas que respiramos a toda hora; son los pensamientos espontáneos que van por las calles de las urbes como canes sin dueño; son las emociones anónimas que mueven las muchedumbres; son los prejuicios de las madres y las pardas consejas que cuentan las nodrizas; son los lugares comunes de la Prensa y de los oradores. Pero son también mitología las creencias básicas de que parte nuestro edificio espiritual, las tendencias intelectuales que constituyen el empujón inicial recibido del ambiente por nuestra conciencia infantil; es el módulo decisivo, el ritmo mental que penetra íntegramente nuestra estructura psicológica, atmósfera omnipotente e irradiante, siempre y dondequiera, eficaz, substancia colectiva de que los individuos somos solo variaciones. Una mitología es un pueblo. La mitología en que nacemos es nuestra fatalidad y nuestro determinismo” (*La guerra, los pueblos y los dioses*, T1: 416).

Ortega encontraba trágico el imperio que podían ejercer las ideas de la gente común en el destino de los pueblos, ideas que consideraba más importantes que las diferencias raciales pues le resultaba ridículo pretender distinguir a un pueblo por el color de su piel o lo quebradizo de su cabello ante la evidencia portentosa para él de las diferencias culturales.

Las palabras de Ortega nos sirven para recordar la larga data de la reflexión sobre la cultura en el pensamiento hispánico (aunque pudo también citarse a Faustino Sarmiento para ofrecer un ejemplo hispanoamericano del siglo XIX) en un momento en que los estudios culturales reavivan esta reflexión en los círculos académicos europeos y norteamericanos. En segundo lugar, las palabras de Ortega nos recuerdan la necesaria indagación y enjuiciamiento de aquellos elementos de la cultura que no sólo contribuyen a perfilar una identidad sino que de forma a veces imperceptible por su carácter inconsciente ejercen su influencia en la economía y en la política y que consecuentemente inciden o comprometen la historia de los pueblos. Pero al mismo tiempo estas palabras y este estilo discursivo nos previenen de los metarrelatos intuitivos y especulativos, tal como los practica Ortega, que parten de generalizaciones insostenibles como “el pueblo y su esencia”, y que desconocen su propia relatividad como discursos interpretativos y pretenden establecer como un hecho lo que es una percepción

individual situada, en el sentido de que se halla determinada por su subjetividad y su contexto, y que dependen en gran medida del consenso tácito de sus lectores.

Finalmente las palabras de Ortega nos previenen del riesgo de encarar una crítica de la cultura desde una perspectiva colonialista. Ortega, como un digno representante del pensamiento de la modernidad, encuentra que la esencia de los pueblos se constituye al margen de la racionalidad, en el espacio de la ideología que él califica de “mitología” y si bien no habla de la necesidad de barrer esas ideas, lamenta sus consecuencias como un hecho fatal.

En este trabajo se pretende colocar bajo una mirada crítica un elemento repetidas veces señalado como característico de la literatura hondureña como lo es su fatalismo, algunas veces calificado de pesimismo o nihilismo, y mostrar manifestaciones de ese mismo fatalismo en la prensa y en algunas expresiones populares que permitirían considerarlo como un elemento activo en la cultura de Honduras, aunque relativo y cambiante, y en cierto sentido como una tendencia familiar en otros países del tercer mundo. El trabajo discute el significado de este fatalismo como contenido ideológico, en la medida en que contribuye a cimentar cierto inmovilismo del *statu quo*, pero intenta hacer ver igualmente su valor como elemento de resistencia cultural frente a las fuerzas externas e internas que presionan por una mayor integración a los modos de vida y sistemas de creencias de las sociedades desarrolladas y del capitalismo global.

A los hondureños que vivimos en estos primeros años del segundo milenio nos resultan del todo familiares las explicaciones fatalistas frente a los distintos sucesos de nuestra vida privada o pública, en el sentido de que los problemas no tienen solución, los esfuerzos personales o institucionales son vanos y especialmente en el sentido de que la condición de pobreza del país es insuperable. Una larga experiencia histórica de fracasos y decepciones nos hace desconfiar de los falsos optimismos o de las buenas intenciones de los políticos, de los maestros o de los amigos extranjeros que no sin cierta razón se dan a la tarea de cambiar esta actitud. Sin duda el fatalismo no contribuye en nada a levantar la autoestima y empoderar a los ciudadanos como tampoco a estimular la movilización social y la transformación de los males sistémicos del país, y siendo atractivo para las clases populares e incluso intelectuales, y útil a los intereses de las elites políticas y económicas es estimulado y alentado por los medios de comunicación y por los sectores más tradicionales de la iglesia. Nuestro fatalismo, sin em-



bargo, aunque pueda ser visto como una forma de ignorancia o de barbarie no carece tampoco de cierta razón porque parece prevenirnos de crearnos falsas expectativas, mantiene alerta cierta escéptica mirada y nos disuade de sumarnos a empresas muy afanosas o ciegas como lo podría ser el frenesí competitivo del capitalismo.

## Poesía trágica

Una revisión del fatalismo en nuestra literatura parece obligado comenzarla por la célebre frase de Rafael Heliodoro Valle que sigue siendo recurrida por periodistas y escritores de hoy.

*La historia de Honduras puede escribirse en  
/una lágrima*

Esta expresión nacida de una sensibilidad romántica, resume también la conclusión de quien fuera un estudioso de la historia nacional. En la visión de Heliodoro Valle, Honduras fue un país pobre material y culturalmente en la época colonial y desgarrado por las guerras políticas durante más de cien años en su época independiente. La frase puede ser interpretada como fatalista porque hace ver la historia como un destino trágico que no ha podido ser conducida en una dirección más favorable.

En efecto uno de los momentos más importantes del fatalismo en la literatura nacional puede encontrarse en el modernismo y postmodernismo locales de las primeras décadas del siglo XX. Poemas emblemáticos de esta forma de pensar pueden encontrarse en Juan Ramón Molina, José Antonio Domínguez o Jorge Federico Traveso, pero esta tendencia no acabó con estos movimientos literarios y puede hallarse (aunque con menos frecuencia) en la obra de poetas vanguardistas vivos como Roberto Sosa o Pompeyo del Valle. En parte como reacción a la frase de Heliodoro Valle antes citada y en parte como formulación de una propia visión de la historia del país, Roberto Sosa escribió:

*La historia de Honduras se puede escribir en  
/un fusil,  
sobre un balazo, o mejor, dentro de una gota  
/de sangre.*

Por una parte Sosa reacciona ante la invitación autocompasiva y lastimera de Heliodoro Valle, pero al sustituir la lágrima por la sangre resuelve ahora en un determinismo de violencia lo que en Heliodoro Valle era simple tragedia, llanto o dolor. El destino también ha sido implacable en la visión

de Sosa pero no porque inspire llanto sino odio y cólera.

En Heliodoro Valle, influido por una visión romántica e individualista, el fatalismo es la tiranía cruel del hado que mueve al llanto a los hombres conscientes de la historia, mientras en Sosa con una visión marxista, es la tiranía del poder o de los poderosos e incita a la imprecación y al acto emancipatorio.

Probablemente el primero en señalar el pesimismo como una característica de la literatura hondureña fue Luis Mariñas Otero, un diplomático y estudioso español que habiendo vivido en el país quiso dar noticia de esta actitud un poco a la manera de su compatriota Ortega.

"...ha sido frecuente [entre los poetas, escribió,] la bohemia y, nota común del escritor hondureño, la depresión y pesimismo de su obra, aunque no faltan, claro está, los eufóricos y optimistas. Estos últimos son los autores de los cantos de esperanza, de exaltación patriótica y del progreso material... sin embargo, la tónica casi universal es la del poeta deprimido, injustificado en su coyuntura personal, ya que aquellos que han escrito los cantos más llenos de desesperación son precisamente hombres triunfadores..." (*Formación de la literatura hondureña*, 270)

A Mariñas Otero le llamaba la atención que el pesimismo apareciera en la obra de unos autores que formaban parte generalmente de la clase directiva del país, y que consecuentemente habrían podido considerarse hombres de éxito político o económico. Para respaldar su observación, Mariñas Otero citó en su texto a distintos poetas hondureños que expresaban en sus versos una lamentación por la intrascendencia de la vida humana, por ejemplo a Jerónimo J. Reina quien fuera Ministro de la Guerra y quien escribió un soneto titulado 'Sálvame'

*Yo sólo sé dudar, porque mi vida  
Ha sido un viacrucis de amargura,  
Muere la fe cuando el amor tortura  
Y abre de nuevo la olvidada herida.*

A estas observaciones añadió una más Mariñas Otero y fue la de notar que el suicidio y la muerte violenta entre los poetas y escritores alcanzaba para él una frecuencia asombrosa.

"La poesía pesimista —escribió— tiene un trágico reflejo vital en el sino de los poetas y escri-



tores hondureños y constituye una sorpresa el enumerar la cantidad de suicidios que entre ellos se produce: J. A. Domínguez, Jesús Torres Colindres, Félix A. Tejada, Manuel Molina Vijil, Juan Ramón Molina, Julió César Fortín, Marcos Carías Reyes y Jorge Federico Travieso.

Trágico destino –añadió- que aparece también en el gran número de ellos que mueren jóvenes, antes de cumplir los 30 años, de muerte violenta como Marco Antonio Ponce, Arturo Martínez Galindo y Federico Peck Fernández, asesinados los tres” (*Formación de la literatura hondureña*, 271).

Casi veinte años después, Roberto Sosa dio carta de residencia a estas observaciones al incorporarlas en su propia visión de la historia de la literatura hondureña.

“La mayor parte de los integrantes humanos que forman las diferentes agrupaciones literarias hondureñas –escribió Sosa- están marcadas por el signo del pesimismo y el fatalismo. Un hilo trágico -visible en el reflejo estético de su ubicación de mundo- cruza todo el cuerpo de la literatura nacional. El suicido, el accidente mortal y la locura en ciertos casos, constituyen las vías de la desaparición física de la mayor parte de los intelectuales hondureños, y cosa extraña, de sus mejores intelectuales” (*La generación de la dictadura* 174).

En este punto, sin embargo, parece que la observación sobre el fatalismo y el pesimismo en la literatura hondureña se sale de quicio y es víctima ella misma del tremendismo de que acusa a los autores nacionales. Como bien ha señalado Gloria María Molina, aquí se confunde lo trágico como contenido de la literatura, con el destino trágico como un hado inefable que pesara no sólo sobre la obra sino sobre la vida de los poetas hondureños. Porque si bien es cierto que en algunos poetas su obra pesimista y fatalista se conecta con su autodestrucción, muchos otros poetas, muertos jóvenes o en la locura, no cultivaron este tipo de poesía, y sólo en el sentido muy amplio y ambiguo de que la muerte es una tragedia es que podrían considerarse trágicos (*Poetas trágicos de Honduras* 12).

A esto puede añadirse, el peligro de intentar hacer ver el fatalismo como una característica esencial o intemporal, cuando en la práctica sólo se

muestra relativamente recurrente y cambiante. Razonablemente no puede interpretarse el fatalismo más que como una cierta inclinación o una costumbre, que ha alcanzado cierto extremismo durante un cierto momento, como lo fue entre algunos autores caídos bajo la influencia de la sensibilidad romántica, pero que igualmente fue desconocida por otros, y que aunque aparece entre poetas actuales perfectamente podría desaparecer de cambiar las condiciones subjetivas y contextuales que la han favorecido.

Por otra parte, puede decirse, que el fenómeno encierra múltiples paradojas que no parecen de fácil solución: 1) nunca sabremos cuánto de verdad y cuanto de fingimiento y exageración ha habido en estas manifestaciones fatalistas, pues la literatura en el mejor de los casos es un espejismo dudoso de la vida; 2) nunca sabremos cuántos suicidios habrían sido necesarios para que el fenómeno pudiera tomarse como relevante, pues con ser un poco más benevolentes con nuestros poetas podría haber bastado con uno o dos; y 3) tampoco podremos nunca estar seguros de ser el fatalismo una característica distintiva de nuestra literatura, pues se tiene la impresión de que no han faltado los poetas fatalistas en otras literaturas.

En este punto resulta claro también que hemos confundido el fatalismo, con el pesimismo, (que se inclina por apreciar el lado negativo de las cosas) y con lo trágico (como desgracia) inclinaciones, afines más o menos intelectualizadas que en la práctica, sin embargo, parecen a veces remitir las unas a las otras. De estos tres términos, sin embargo, probablemente sea el fatalismo el que ha recibido mayor desarrollo en la historia de las religiones y en la antropología.

Por fatalismo generalmente entendemos aquella creencia según la cual todo sucede por ineludible predeterminación (*Real Academia Española Diccionario de la Lengua Española*). Es una creencia de origen religioso pero que conoce formulaciones filosóficas en la modernidad. Entre los griegos se asoció a la influencia del destino que era la voluntad predicha de los dioses que sujetaba los hechos y la suerte de los hombres. En las religiones orientales el fatalismo aparece en la doctrina hindú del *karma*, según la cual un hombre se beneficia o sufre por los actos buenos o malos cometidos en sus otras formas de existencia. En el Islam, el fatalismo cobra la forma de una auto rendición a Dios, semejante a la creencia familiar al cristianismo de que los hombres están obligados a aceptar la divina providencia, pero con un acento especial puesto en lo que se reconoce como el *kismet* que vendría a ser

una forma especial de resignación o abandono de los creyentes ante las emergencias de la vida y la muerte. En el cristianismo la creencia en el destino es desplazada por la creencia en la predestinación, de acuerdo con la cual todas las cosas han sido ordenadas por Dios según su sabiduría y voluntad, y el hombre tiene la oportunidad de rechazar o plérgase a esta voluntad y de salvar o perder su alma. Finalmente en las religiones mesoamericanas, más próximas a nosotros y en gran medida homologables, el fatalismo derivó de la concepción de la destrucción cíclica del universo, siempre inminente, y que obligaba a los hombres a mantenerse en permanente acción de agrandar y satisfacer a los dioses (*Chamber's Encyclopædia*).

El fatalismo, entonces, se origina en la creencia en un orden sobrenatural que gobierna el orden terrenal y ofrece en consecuencia una interpretación sobre los límites de la capacidad, la libertad y la voluntad humanas y sobre el sentido de la historia. Con la modernidad, el materialismo descreyó de los antiguos dioses e imaginó un universo él mismo inteligente y autopropulsado por la materia y sus fuerzas, que aunque se transformaba incesantemente y daba la vida lo mismo que la quitaba, se mantenía constante en su cantidad y eterno en su duración. Algunos autores señalaron que en la práctica, el materialismo sustituyó la idea de Dios por la de materia, con lo cual la concepción del universo y de sus fuerzas rectoras se despersonalizó y se vació de la idea de trascendencia, pero a pesar de ello estas ideas no fueron suficientemente diferentes en su naturaleza ni suficientemente complejas en su elaboración como para que no pudieran ser reconciliadas con las antiguas creencias religiosas, de modo que junto al materialismo evolucionista darwiniano y frente al materialismo histórico marxista se conocería también un materialismo romántico y panteísta como el que profesaron algunos de nuestros poetas.

Pero volviendo a los conceptos que habíamos mencionado antes, puede apreciarse ahora que mientras el pesimismo alude a la subjetividad individual, que se inclina por apreciar el lado sombrío o triste de las cosas, y mientras lo trágico es el hecho funesto o desgraciado tal como lo aprecia el sujeto, el fatalismo es la especulación del sujeto, la idea de un mundo o de un orden cósmico predestinado que hace sufrir a los hombres y contra el que es inútil oponer resistencia. De modo que toda aquella poesía que expresa tristeza, estados melancólicos, decepción, desengaño y escepticismo, podría considerarse pesimista y en este caso el inventario podría ser abrumador por cuanto el dolor

del poeta ha sido una de las venas inagotables de la poesía en todas partes. El estudio de lo trágico, por su parte, podría llevar al recuento de accidentes, asesinatos, enfermedades, suicidios, etc. que habiendo ocurrido en la vida real han sido interpretados como hechos trágicos por los mismos poetas o sus críticos, y en este caso se trataría de una especie de inventario más o menos anecdótico de los motivos de la tristeza. Y finalmente, el estudio del fatalismo podría centrarse en el ejercicio más acotado aún de encontrar aquellos textos que expresan de forma explícita no sólo dolor y tristeza sino una concepción estrictamente fatalista de la vida humana y del universo que es lo que intentamos hacer aquí.

A nuestro modo de ver el fatalismo por ofrecer una interpretación del sentido de la historia se presta más fácilmente para el análisis de sus implicaciones en la política o en la economía.

Probablemente el poema fatalista más emblemático de la poesía hondureña lo sea el 'Himno a la Materia' de José Antonio Domínguez. Escrito en la clave de un romanticismo panteísta, en este canto el poeta celebra encontrar a Dios en la materia, hallazgo que le hace exaltar la prodigiosa mecánica del universo y que, sin embargo, le desgarran al mostrarle la futilidad y la absoluta intrascendencia de los afanes, los sueños y la vida humanas.

*¡Ab, la vida!  
la vida individual es para el hombre  
una cosa tristísima: basta es justo  
dejar que el pensamiento se solace  
soñando nueva vida tras la tumba.  
¡Es tan triste vivir breves momentos  
para morir después, que a ser posible  
fuera mejor exterminar la especie  
e impedir que el dolor la perpetúe  
vedándole al amor reproducirse!  
¡Ay, infeliz del que por suerte cae  
en el círculo odioso de la vida,  
porque juguete de inclementes hados,  
irá sin rumbo padeciendo siempre  
hasta ballar su sepulcro...!*

Al poeta le parece tan triste la existencia, que encuentra justificado el sueño (ya desacreditado como ilusión) de creer en una vida después de la muerte. Puesto que no existe ninguna trascendencia (ni permanencia del alma individual) el poeta se inclina por creer que fuera mejor, nada menos ni nada más, que exterminar la propia especie humana, e impedir que el amor, que engendra la vida, engendre el dolor. A su juicio ha sido una trampa nunca deseada.

da por el hombre haber nacido y con ello haber caído bajo el imperio del destino que burla su voluntad y lo condena al sufrimiento.

La visión de Domínguez se encuentra influida en buena medida por las lecturas del pesimista alemán Arturo Schopenhauer quien había escrito aunque con galvánica frialdad, con respecto a esa misma patética situación del hombre que vive una vida sin sentido en un universo indiferente.

“Para un ser que piensa –había escrito Schopenhauer- es una posición embarazosa verse colocado en una de esas innumerables esferas que giran libremente en el espacio sin límites, sin saber por qué ni para qué, y ser solo una criatura entre la multitud innumera de criaturas semejantes que se oprimen, se agitan y se atormentan unas a otras; que nacen y mueren rápidamente en un tiempo sin principio ni fin: todo ello sin que haya nada permanente, a no ser la materia” (*El mundo como voluntad y como representación* 7).

Esta misma visión desengañada pero con tonos más bien coléricos aparecería también en Juan Ramón Molina, quien diría haber sido víctima a veces de un “pesimismo atroz”.

*...he meditado en el amor aciago,  
en el amor fatal...  
en el amor que me lanzó en los brazos  
del pesimismo atroz,  
que pensar me hizo que la vida humana  
no era más que dolor,  
no era más que una pena continuada,  
una horrenda expiación,  
una terrible burla del destino,  
un engaño de Dios...*

A diferencia de la actitud reverente y resignada de Domínguez, Molina se inclinará por reclamar airadamente a ese Dios que ya no existe, como un Job enfurecido que se hubiera quedado sin interlocutor. Como a Domínguez, sin embargo, las conclusiones pesimistas llevan también a Molina al abandono y la autodestrucción.

*Entonces he querido anonadarme  
sin saber lo que fui,  
morirme lentamente, lentamente,  
sin gozar ni sufrir;  
sin saber cómo vine a este planeta,  
cómo me voy al fin;*

*sin saber si tuve alma o no la tuve,  
si viví o no viví.*

Tanto en Domínguez como en Molina, su fatalismo cobra la forma de una escatología que sitúa la muerte como el destino último y final del ser humano y del universo. En uno de sus poemas más representativos de esta tendencia Molina escribe con tono profético sobre el final de la vida sobre la tierra y de la especie humana mezclando resonancias del Apocalipsis bíblico con las especulaciones cosmológicas de la ciencia. El poema se titula “La Hora Final” y trata sobre esa hora fatídica que espera a los mundos, incluida la tierra, en que “el destino ciego que los gobierna”, los conduzca a saltar de sus cimientos, “desprendidos en espantosa rotación”, y a rodar “como pedruscos gigantescos por la terrible inmensidad sin fondo”.

Que este tipo de poesía surge de las fisuras provocadas por los desarrollos de la ciencia que pusieron en crisis la idea de Dios, lo manifiestan de forma explícita los poemas. “La horrible duda –escribía Molina- que nos devora el corazón ya muerto para el dios y la fe de nuestros padres” es un presentimiento del final que se aproxima. Pero también es evidente en los poemas cierto encantamiento hipnótico con la idea de la muerte y del Apocalipsis.

*Lava,  
y fuego, y sangre, y pestes, y granizo,  
sobre la Tierra mandará el eterno  
ardiendo en justa, incontrastable cólera.  
Y volcarán los mares; y los montes,  
sacudidos por recio terremoto,  
el equilibrio han de perder. La yerba,  
y las mies, y la flor, y los robustos  
árboles, y la choza, y el palacio,  
como pavesas arderán. Y el mundo,  
este mundo de esclavos y de reyes,  
donde el hermano asesinó al hermano  
con el traidor puñal, donde los hijos  
mataron a las madres infelices  
que les dieron el ser, donde la infamia  
fue más fuerte que todas las virtudes,  
ha de salir de su órbita, lanzado  
como una piedra que dispara la honda  
de los guerreros bárbaros, y loco  
rodará por los siglos de los siglos,  
rompiendo los abismos insondables,  
ibasta que estalle en explosión grandiosa!*

Como lo hicieron los hombres de religión, Molina siendo un librepensador quiere hacer posar sobre



la conciencia la idea de la muerte y el final de todas las cosas, como una terrible advertencia que debería mover a enmendar los pasos y enderezar la moral del mundo.

Cuando el romanticismo y el postmodernismo ceden su imperio en la conciencia de nuestros poetas, y las brumas más espesas del pesimismo se disipan, los poemas fatalistas comienzan a ser menos frecuentes, pero no por eso desaparecen. En la década de 1950 Jorge Federico Travesio ejemplifica el caso de uno más -sino el último- de nuestros poetas suicidas cuya escritura se doblará por el peso del nihilismo. "Diálogo con la muerte cazadora" o "La espera infinita", aunque retraen su discurso de las especulaciones cosmológicas a los espacios más íntimos y cotidianos del poeta, bien podrían figurar plenamente en este inventario fatalista por su decepción completa y su falta de esperanzas. Pero incluso en un poeta vanguardista como Pompeyo del Valle cuya escritura ha sido casi siempre amorosa podemos encontrar un texto como su "Monólogo de un condenado a muerte" (1978) que reproduce algunos de los mismos tópicos de la poesía fatalista de principios de siglo. El texto descansa en la idea de que sobre todo hombre pesa una condena de muerte, no sólo por la aniquilación final que le espera sino por el derrumbe progresivo de sus sueños, de su moral y de sus esperanzas.

*No importa si el tiempo es un círculo  
o una saeta que vuela hacia delante.  
Lo cierto es que tus días  
se derrumban, se destrazan y abaten  
como débiles torres;  
como frutos maduros...*

Y añade:

*Hay algo más terrible  
que perder  
una batalla,  
más ilimitado que las noches del vencido,  
más grotesco que el rostro  
de las furias:  
el desengaño.  
Ante él tu alma se contrae  
como un papel  
atacado por el fuego*

Como los poetas que lo precedieron, lo que Pompeyo del Valle constata es el derrumbe de la afirmación humana (que es la suya) frente al mundo y el desleimiento de aquellas razones que habrían dado la respuesta al por qué vivir.

Hasta aquí, nos parece haber aportado citas suficientes en la poesía del pasado y del presente que testifican la presencia de pulsiones pesimistas en nuestra historia literaria. Se encuentran la mayoría de ellas situadas en las primeras décadas del siglo XX pero aún podríamos citar pasajes de las obras de Nelson Merren de la década de 1960 o de nuestros autores más jóvenes de las décadas de 1980 y 1990 como José Antonio Fúnes, Armida García o Rebeca Becerra, para hacer ver la continuidad de esta tradición apesadumbrada y desgarrada. No obstante, a lo que queremos conducir esta reflexión, es al hecho de que estas pulsiones pesimistas se encuentran no sólo en la poesía sino en otras formas de expresión de la cultura como la prensa y la literatura oral. Y esto nos interesa no porque consideremos el fatalismo como una característica del ser de la cultura de Honduras sino porque al parecer hemos permitido que se nos convierta en una costumbre, en una cierta estructura emotiva que ejerce su influencia sobre la vida individual y social.

Difícilmente pueden considerarse las piezas literarias de nuestros autores como una expresión pura o transparente del alma nacional, ante la evidencia de su compleja elaboración, de sus claras deudas con la filosofía y la literatura románticas de origen europeo y de sus conexiones con el pensamiento religioso universal. Pero si estas mismas pulsiones fatalistas las encontramos en otras formas de manifestación de la cultura, podría ser que estuviéramos ante una forma socialmente recurrente de responder al contexto vivencial, que alcanza a los distintos grupos sociales de un país pobre y tercermundista, y en ese caso estaríamos ante manifestaciones diferentes en su expresión y en sus grados de elaboración intelectual de un mismo fenómeno ideológico.

## **Cultura mediática**

En la prensa nacional, el fatalismo es la forma frecuente incluso dominante de presentar los hechos de relevancia social. Una ojeada a nuestros diarios nacionales o unos cuantos minutos de audición de uno de nuestros noticieros radiales podrían bastar para formarse la impresión de que el país vive el Apocalipsis cada mañana. El sensacionalismo se ha convertido en la práctica periodística regular de nuestros medios de comunicación, las fotografías macabras, las sirenas de última hora, los titulares insólitos o lapidarios de letras grandes, gruesas y rojas (y generalmente con palabras vulgares o acompañados de signos de admiración) y los comentarios sádicos o aviesos de los presentadores de las

noticias son familiares e incluso son demandados por los consumidores de la información.

Los estudios académicos internacionales sobre los medios de comunicación, atraviesan en los últimos años una profunda revisión de sus planteamientos que han dejado de ser simples y mecánicos (como los que sostuvieron que los medios actuaban como una aguja hipodérmica que irremediablemente alienaba a su público) y han revaluado no sólo la complejidad de los juegos de poder entre distintos grupos sociales que interactúan a través de los mismos sino especialmente el papel decisivo de los consumidores en la conformación de los productos culturales (Curran, J., David Morley y Valerie Walkerdine *Estudios culturales y comunicación* 378).

En efecto, aunque nadie discute que los medios son utilizados para ejercer controles ideológicos y establecer hegemonías sociales, cada vez resulta más complejo establecer correspondencias automáticas entre las prácticas económicas, las prácticas políticas y la naturaleza de los productos culturales. Y en cambio, cada vez resulta más evidente que los medios de comunicación, incluidos los programas informativos y la prensa, actúan como industrias que producen mercancías que aunque sean de carácter cultural se encuentran sometidas en buena medida a la demanda de los consumidores, a sus gustos y preferencias. Con lo cual, en lugar de presentar al público de los medios como zombies pasivos o inocentones, los nuevos enfoques de medios los presentan como agentes activos y relativamente creativos, que consecuentemente comparten responsabilidades con los propietarios de los medios en la conformación de eso que suele llamarse la cultura mediática.

Desde este punto de vista, resulta razonable considerar que lo que encontramos en los medios nacionales no es la consecuencia de una simple maquinación de los propietarios, sino resultado de las complejas síntesis de elementos culturales procedentes de las elites y de las mayorías que confluyen en esta industria, y esto más bien como si se tratara no de una diabólica maquinaria sino de una incesante dinámica de flujos informativos, en la que han venido a encontrarse en mezcla heteróclita elementos de nuestra cultura intelectual (política, económica, literaria, artística) con otros elementos provenientes de lo que antes podía llamarse con cierta claridad las tradiciones y culturas populares.

En este nuevo enfoque, el sensacionalismo vendría a ser un tipo de ejercicio informativo que manipula los hechos noticiosos, valiéndose de la exageración y de otros recursos comunicativos con fi-

nes comerciales. Se trata de fotografías y textos cuya fruición se ofrece a las audiencias para satisfacer una amplia diversidad de demandas que van desde el sexo y la violencia, hasta el ocultismo, pero que tienen implicaciones con respecto a las interpretaciones de la realidad social que difunden.

Algunas de estas noticias engarzan con las tendencias fatalistas por perseguir lo que los estudiosos han llamado un "pánico moral". Se trata de informaciones que presentan "un hecho" (una situación, un evento, una persona o grupo de personas) como una amenaza a los valores e intereses sociales, o como un indicador de decadencia o desastre inminente (Cohen, S. *Folk Devils and moral panics* 9).

Así, un acto de corrupción de un funcionario público se hace extensivo a toda una institución o a todo el gobierno; la conducta de un adulto a todos los adultos o la de un joven a todos los jóvenes; el brote de una enfermedad es presentado como una amenaza pública aunque así no lo sea; un acto criminal es tomado como un signo de la descomposición social; o una calamidad (un accidente aéreo, una inundación, etc.) son presentados como una prueba del riesgo de desastre del que penden las vidas de las personas.

Los hechos que se prestan al manejo sensacionalista suelen haber existido en las sociedades con anterioridad a su "descubrimiento" generalmente la información es insuficiente o mal fundamentada o no es probatoria de la decadencia que difunden (Cohen, S. 9).

En Honduras, se dispone de pocos estudios sobre los medios de comunicación pero confirman la impresión general de una amplia extensión de las prácticas sensacionalistas, lo mismo que de una importante demanda de la misma por parte de los consumidores.

En un estudio reciente sobre prensa escrita aunque centrado en los procesos de formación de agenda pública, se encontró evidencia con respecto a un fuerte predominio de los temas de seguridad ciudadana en contra de los demás temas de interés nacional. Esto es, que los mayores índices de frecuencia de aparición los tuvieron aquellas noticias sobre crímenes, asaltos, secuestros, accidentes, incendios, inundaciones (y los demás sucesos policiales que en el argot periodístico se reconocen como nota roja), en detrimento de la aparición de los demás temas políticos, sociales o económicos de interés en el país. El estudio se basó en un análisis cuantitativo de contenido de una muestra de 240 ejemplares de los cuatro periódicos de circulación nacional de los años 1996 a 2000, y con-

cluía que este predominio podía hallarse asociado no solamente a un aumento real en las tasas de criminalidad del país sino también a las prácticas sensacionalistas de la prensa cuyo recurso a la nota roja podía estar contribuyendo a la deformación de la agenda pública (Leyva, H. *Análisis crítico de la prensa hondureña 1996-2000* 4).

Por su parte, una investigación de mercado informativo realizada por encargo de La Prensa y El Heraldo en el 2000 mostró que el interés de los lectores por las noticias de sucesos (o nota roja) era superior (86%) al interés por las noticias de deportes (84%) y sólo era superada por el interés general por las noticias nacionales (94%) (Urban Associates Inc. 12).

Desgraciadamente no se dispone de datos que permitan establecer comparaciones entre la situación que presenta el sensacionalismo en los medios de comunicación de Honduras con la de otros países, con lo cual no es posible saber a ciencia cierta qué tan singular ni qué tan grave es esta práctica. Pero de acuerdo con lo planteado antes, estos datos sobre el consumo de nota roja y la extensión de las prácticas sensacionalistas estarían remitiendo a la existencia no sólo de pulsiones fatalistas aisladas, como puede observarse en la literatura, sino de una masiva circulación de las mismas a través de los medios de comunicación cuyas consecuencias no podrían desestimarse al considerar los perfiles de la dinámica cultural actual y sus potenciales influjos en la economía, en la política y en las demás esferas de la vida privada y pública de los ciudadanos.

El sensacionalismo es en buena medida una forma de manipulación retórica, y en este sentido forma parte de la cultura del simulacro (o de la fabulación de realidades) a que nos han acostumbrado los medios. Pero un análisis aún rápido de los textos escritos de la prensa puede mostrar cómo las interpretaciones de la realidad de la prensa pueden resolverse en la articulación de discursos nítidamente fatalistas y puede mostrar igualmente cómo en algunos casos los medios contribuyen a elaborar complejos mitos que terminan flotando sobre el imaginario colectivo.

Es posible poner un ejemplo, de uno de nuestros editorialistas más destacados de la década de 1920, como lo fue Paulino Valladares, para ilustrar esa correspondencia que percibimos intuitivamente entre el fatalismo observado en la literatura y aquel en que suele incurrir la práctica periodística.

Paulino Valladares, como Juan Ramón Molina, José Antonio Domínguez o Heliodoro Valle, escribió en el contexto de las interminables guerras civi-

les que habían frustrado una y otra vez los mejores esfuerzos por levantar la nación e impulsar el progreso. Su conclusión con respecto a estos hechos fue fatalista porque le pareció que los males del país provenían de las debilidades e incapacidades de una raza mermada en sus fuerzas y en su moral como consecuencia de los tres siglos de dominación colonial.

"Sí, -escribió- 'Honduras' es vocablo fatídico, palabra siniestra que encierra un sentido tétrico, que revela un destino de fracaso...

El destino en sus bromas amargas no se conformó con bautizar esta porción del planeta con un nombre de mal gusto que revela el bajo fondo en lo físico y lo moral, sino que pretende prolongar la guasa, dejando a Honduras en las honduras eternas (1917, 97).

Siempre por mi desgracia, he creído que las naciones centroamericanas serán invadidas por la energía de razas más fuertes, y llevo en mi espíritu la tristeza de una herencia de esclavitud de más de trescientos años, de los autóctonos de América... Me consuela el pensar que nuestras desiertas regiones serán pobladas y explotadas para bien del progreso humano si no por nosotros, por los hombres de otra raza que vengan aquí, no con el empuje brutal de la conquista, sino con el trabajo que crea vínculos de simpatía... brindo por la confraternidad universal... "(1908, 155).

La pérdida de la fe en el discurso redentor de la religión, que en los poetas condujo al materialismo romántico panteísta, en Paulino Valladares condujo a ideas de un darwinismo social que interiorizó en una especie de racismo invertido, dirigido hacia la propia raza. A diferencia de los poetas, Paulino Valladares no restituye la idea de Dios en su materialismo, pero incurre en un determinismo del mismo tipo al negarle toda posibilidad a sus conciudadanos de enmendar su historia.

Puede apreciarse, por otra parte, que en la escritura de Paulino Valladares no hay nada inocente y si en cambio una intención deliberada por desencajar el sentido común, los formulismos autocompasivos o las actitudes lastimeras, que hemos visto en los poetas de la época. De forma que se trata no sólo de una importación de ideas que podrían expresar más o menos adecuadamente sus propias pulsiones fatalistas, sino que se trata también de un tipo de práctica periodística, ejercida a



contracorriente de las ideas conciliadoras o tranquilizadoras al uso, que perseguía el propósito retórico de conmover profundamente la conciencia de sus desprevenidos lectores.

De este racismo que conoció Paulino Valladares y otros intelectuales y periodistas hondureños de la época como Salatiel Rosales, no parecen quedar restos en los editoriales de hoy en día, pero no es extraño encontrarse eventualmente con algún texto que estableciendo los vínculos entre distintos hechos de la realidad social del momento anticipe la catástrofe con iguales tonos apocalípticos.

Es un buen ejemplo de esto, un editorial del diario *El Heraldo* del 7 de agosto de 1997. En este texto el editorialista se ocupa de una reciente protesta de los agricultores y camaricultores de la zona sur del país por el uso masivo de pesticidas y herbicidas que pretendían hacer ciertos empresarios interesados en reiniciar el cultivo del algodón. El editorialista celebra que finalmente puedan escucharse en el país argumentos ambientalistas, después de que en otras épocas de confianza ciega en las tecnologías químicas se los ridiculizara. Pero al mismo tiempo, el editorialista arremete contra esos empresarios que están prestos para ver la paja en el ojo ajeno e intentan desconocer los graves perjuicios ambientales que sus propios cultivos del camarón, la sandía, el melón etc. están provocando a los manglares y al medioambiente de la zona. Entonces el editorialista se lamenta y lanza anatemas al darse cuenta que el país no ha terminado de entender la lección del ecologismo y sigue en un camino que conduce a la pérdida total.

“De lo que se trata no es de ver la paja en el ojo ajeno y no sentirla en el propio. La visión correcta sobre la diversidad biológica de Honduras, es la integral, la que entiende que lo que hacemos individualmente incide socialmente y que, tarde o temprano, todos saldremos afectados. No se trata de condenar a unos y volvernos cómplices de otros. Honduras ecológicamente ya está en situación crítica y debemos encontrar respuestas sustentables a la crisis. Poco a poco hemos ido perdiendo no sólo el paisaje de antaño sino sus recursos. Una de las siete variedades de pino de nuestro país está a punto de extinguirse, y la mayoría de la hondureñidad ni siquiera se perca. Si no paramos esta debacle, el futuro de Honduras será desaparecer como nación, de eso no hay duda” (*El Heraldo*, 7-8-97).

El ecologismo, como el materialismo y el

darwinismo en otros tiempos, sirve en este caso de apoyo científico para visualizar la debacle final. Los argumentos a primera vista nos parecen ciertos, pero al mismo tiempo nos suena sospechosamente familiar la retórica apocalíptica. Desde nuestro punto de vista, no cabe discutir las razones que se esgrimen sino solamente hacer ver como consiguen atar con firmeza la noticia a la amenaza de desastre, y de hacer ver, igualmente, la pulsión fatalista intensa y recursiva que anima el discurso y sin la cual su efectividad persuasiva no sería la misma. Obsérvese que no sólo se apela a la extinción de las especies sino al desaparecimiento mismo de la nación y esto expresado deliberadamente con las mismas palabras con que lo había dicho Paulino Valladares en 1926:

“Honduras desaparecerá como nación” (1926, 104)

Cierta intuición de contexto nos hace pensar que en este editorial como en las demás citas de textos periodísticos y literarios que hemos hecho aquí, se filtra bajo distintas formas esa inclinación por el fatalismo que a nuestro juicio se encuentra aún entre nosotros como una forma familiar y conocida de responder ante los problemas que nos plantean las dificultades individuales y sociales. Probablemente este fatalismo opere como una especie de artefacto o dispositivo cultural que se activa en determinadas situaciones y que como muchos otros recursos ideológicos facilita las cosas. Por una parte, resuelve nuestra incertidumbre en un lugar común, nos sitúa en una estructura emotiva que no sólo conocemos sino que probablemente nos agrada (y de ahí que recurramos a ella tan frecuentemente), y por otra nos confirma en una verdad que tenemos y en la que confiamos: la escasa o nula capacidad humana de modificar el curso de los acontecimientos.

El fatalismo parece tener cierto poder explicativo que nos tranquiliza ante el azar o el caos en estado puro. A fin de cuentas, el fatalismo establece un orden predeterminado sobre los acontecimientos y la acción humana, los integra a una lógica, a una racionalidad que puede ser más o menos peregrina o a veces presentarse con aires de científicidad, pero que nos ofrece los porqués de las desgracias, nos señala las faltas que hemos cometido y que justifican nuestros padecimientos, y, puesto que nada puede hacerse o es inútil hacerlo, también nos sirven para eximirnos de esforzarnos.

Un último ejemplo es posible presentar que ilustra la emergencia de explicaciones fatalistas entre

nosotros ante situaciones adversas y sus funciones al parecer balsámicas sobre la conciencia. Se trata de los relatos orales que corrieron en los traumáticos días que siguieron al desastre provocado por el huracán Mitch. La gente todavía recuerda que entonces se dijo que la destrucción de Tegucigalpa se debió al rompimiento del embalse de la Laguna del Pescado, tal y como había sido predicho en un viejo cuento popular por una sirena que vivía en esa laguna. El impacto de este relato fue tan importante que la prensa se sumó a su divulgación y presentó imágenes y entrevistas de los vecinos de Tegucigalpa atisbando el aparecimiento del mitológico ser en el mar de aguas estancadas que anegaba el centro de la ciudad.

Balvina Olivera en un estudio todavía inédito sobre este relato y sus vínculos con el síndrome postmitch, se dio a la tarea de recopilar las distintas versiones de este relato aparecidas entonces en los diarios nacionales, se desplazó a la laguna y registró las versiones de los vecinos e investigó en la bibliografía sobre cuentos populares del país, para encontrar evidencia con respecto a que dicho relato había sido elaborado en parte en el momento mismo de la tragedia tanto como adelantado en las tradiciones populares. El relato no había sido registrado en la bibliografía anterior como entonces se contó aunque efectivamente muchos de sus elementos centrales eran comunes en la cuentística popular de distintos lugares del país. En los alrededores de la laguna la investigadora encontró versiones muy distintas del relato que explicaban el origen de esa fuente de agua como consecuencia del ahogamiento de una muchacha víctima de un castigo por su mal comportamiento, y también encontró versiones muy semejantes a las aparecidas en la prensa en las que se constataba la maldición que la sirena había hecho recaer sobre Tegucigalpa –aunque en estos casos ya no era posible saber si el relato había sido influido por la propia prensa (*La Sirena y Mitch*).

Sea que el cuento fuera preexistente o elaborado en el momento mismo, lo importante es notar la gran vitalidad que llegó a ganar, en una suerte de confabulación entre las mentalidades populares y los medios de comunicación. Como señala la autora, el caso prueba la vitalidad de las mitologías tradicionales en los tiempos modernos, y su utilidad práctica en la medida en que el relato ofreció una explicación de la tragedia en un momento de conmoción colectiva. El relato establecía que sobre la ciudad había recaído un castigo a la medida de sus faltas, de sus pecados y su depravación como en el caso de la Gomorra bíblica. Probablemente, la con-

ciencia de esta culpa, que por grave que fuese reconducía hacia la moral, resultara más tranquilizadora que aceptar la idea del capricho absoluto de las fuerzas de la naturaleza. Porque si se piensa que los accidentes del mundo responden a una voluntad sobrenatural, la falta de motivos resulta inaceptable y aterradora porque de otro modo el mundo resultaría absurdo y los padecimientos gratuitos.

## Conclusión

Hemos tratado de mostrar en este trabajo que el fatalismo ocupa un lugar importante en la cultura hondureña o que al menos se muestra activo en los últimos cien años. Se ha tratado de señalar que los ejemplos abundan en la literatura, en la cultura mediática y en las tradiciones populares. Y se ha discutido su posible influjo en la vida social.

Hemos tratado de mantenernos a distancia de las interpretaciones esencialistas que habrían podido llevarnos a sostener que el fatalismo fuera un rasgo del ser de la cultura hondureña y hemos hablado de él como de un fenómeno contingente. También nos hemos precavido de no llevar nuestras generalizaciones más allá de lo razonable, pero no por ello hemos renunciado a hacer algunas afirmaciones.

Siguiendo en parte las célebres lecciones de Max Weber, consideramos que el fatalismo, como las ideas que son propias a las religiones, pueden favorecer o entorpecer las dinámicas económicas, políticas y sociales. Así como Weber encontró que la ética protestante, con su estricto puritanismo y su culto a la laboriosidad vinculada a la salvación individual, favoreció el triunfo del capitalismo en Europa y Norteamérica, entre nosotros podría decirse que el fatalismo, con su negación de los esfuerzos humanos, su ética de la culpabilidad y su conciencia de la muerte puede encontrarse oponiendo resistencia al gran proyecto de integrarnos al capitalismo globalizado y a otras formas de impulsar el desarrollo del país.

Alguien con el espíritu ilustrado de Ortega, podría inclinarse a pensar que el fatalismo nacional debería ser desmantelado, en virtud de sus potenciales consecuencias negativas con respecto a la búsqueda de formas de bienestar de las que tradicionalmente se han visto excluidas las mayorías de la población. Pero debería reconocerse el valor de estas concepciones para relativizar los diseños globales de la vida a que vemos sometido países como los nuestros.

Resulta muy relevante evidenciar que las tenden-

cias fatalistas pueden encontrarse en otros países pobres o tercermundistas en los que plausiblemente estas ideas juegan un semejante papel. Octavio Paz en uno de sus famosos ensayos hacía ver que la conciencia de la muerte de los mexicanos, por completo desdramatizada y celebrada en las fiestas, contradice en todo los ideales de progreso de la modernidad, y las prácticas comunes de los habitantes de las ciudades hiperdesarrolladas como Nueva York o Londres para los que la muerte es un tabú (*Todos santos día de muertos*, 44). Es como si con el fatalismo, podríamos decir haciéndonos eco de Paz y de nuestros propios poetas, los habitantes del tercer mundo posaran en el corazón del primero esa conciencia de la desgracia humana y de la muerte.

Bajo sus singulares formas, el fatalismo parece reafirmar la necesidad que tiene el mundo de tomar conciencia de sus límites, de los límites de las capacidades humanas, de la economía y de la política, como lo sostienen en términos más elaborados los paradigmas del desarrollo humano sostenible y la ecología por ejemplo. En lugar de esa carrera sin norte y del culto al crecimiento económico sin fin: la conciencia del límite.

## Bibliografía

Chamber's *Encyclopædia*. 1950. George Newnes Limited. London. V.5  
 Cohen, Stanley. 1972. . *Ik Devils and moral panics*. London. Macgibbon and Kee.

Curran, J., David Morley y Valerie Walkerdine. 1998. *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y del postmodernismo*. Barcelona. Paidós  
 Leyva, Héctor M. 2002. *Análisis crítico de la prensa hondureña 1996-2000*. Tegucigalpa. FIDE.  
 Mariñas Otero, Luis. (1959). "Formación de la literatura hondureña" en Paredes, Rigoberto (Comp.) 1973. Panorama crítico de la literatura hispanoamericana. Tegucigalpa. Editorial Nuevo Continente.  
 Molina, Gloria María. 1998. *Poetas trágicos de Honduras*. [Tesis de licenciatura en letras] Tegucigalpa. UNAH.  
 Olivera, Balbina. 2002. *La sirena y Mitch*. Tegucigalpa. UNAH. [Tesis de licenciatura en letras, manuscrito].  
 Ortega y Gasset, J. 1957. "La guerra, los pueblos y los dioses". *Obras Completas*. Madrid. Revista de Occidente. T1: 416  
 Paz, Octavio. 1986. "Todos santos, día de muertos" en *Signos en rotación y otros ensayos*. Madrid. Alianza Editorial.  
 Real Academia Española. 2001. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid  
 Schopenhauer, Arturo (1819) *El mundo como voluntad y como representación*. Buenos Aires. Librería el Ateneo. 1950.  
 Urban & Associates, Inc. 2000. *Las actitudes de los consumidores hacia los medios en Honduras*. Boston/Tegucigalpa. La Prensa/El Heraldó.  
 Valladares, Paulino. 1973. Ramón Oqueli (Comp.) *Paulino Valladares. El pensador y su mundo*. Tegucigalpa. Editorial Nuevo Continente.



## Cuadernos publicados

### COLECCIÓN DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE

No	Titulo	Autor
1	Integración social y equidad en la perspectiva del desarrollo humano .....	Rolando Sierra Fonseca
2	SIDA, crecimiento económico y la iniciativa HIPC en Honduras .....	José Cuesta
3	Desde nuestros cuerpos: hacia una lectura de la política, la democracia y la sexualidad en Centroamérica .....	Rocío Tábor
4	Globalización, liberación y desarrollo humano sostenible en Centroamérica .....	Manuel Agosin, David Bloom y Eduardo Gili
5	Crecimiento exportador y la distribución de ingresos en Honduras .....	José Cuesta
6	Las tecnologías de la información y comunicación como un instrumento para el desarrollo .....	Mario Lanza
7	Perspectivas en el debate actual sobre el conocimiento para el desarrollo .....	Renán Rápalo Castellanos
8	Política económica y perspectiva de mediano plazo: El caso de Honduras .....	Ana Cristina Mejía de Pereira
9	Realidad y perspectiva del sector rural de Honduras .....	Mayra Falck
10	La pobreza desde la perspectiva del desarrollo humano: desafío para las políticas públicas en América Latina .....	Cristián Parker Gumucio
11	Liberalización de la balanza de pagos en América Latina: efectos sobre el crecimiento, la distribución y la pobreza .....	Lance Taylor y Rob Vos
12	Efectos de la liberalización sobre la pobreza y la desigualdad .....	Enrique Ganuza, Ricardo Paes de Barros y Rob Vos
13	Los procesos de descentralización educativa en América Latina y lineamientos de propuesta para la descentralización educativa en Honduras .....	Renán Rápalo Castellanos
14	Desarrollo humano, ética y ciudadanía en un mundo globalizado .....	Sergio A. Membreno Cedillo
15	Pobreza, seguridad social y desarrollo humano en Honduras .....	Yesenia Martínez
16	Las escuelas eficaces en Honduras .....	Tabaré Fernández Virginia Trevignani y Carlos Silva
17	La equidad en el sistema educativo en Honduras .....	César Castillo
18	Los derechos humanos y el VIH/SIDA: una aproximación jurisprudencial .....	Manuel Fernández Mateo
19	La Ley de Igualdad de Oportunidades para la Mujer en Honduras: luces, sombras y desafíos .....	María Elena Méndez y E. Ariel Montesdeoca
20	El vínculo entre mujer, economía y pobreza .....	Sara Elisa Rosales
21	El Estado y la competitividad de la micro, pequeña y mediana empresa .....	Irene Barquero
22	Trajectoria del sector salud .....	Manuel Chávez Borjas
23	Economía social y desarrollo humano. Una aproximación a la experiencia de Honduras .....	Divina Alvarenga

### COLECCIÓN VISIÓN DE PAÍS

1	Enfrentando el futuro: fundamentos para una inteligencia estratégica del desarrollo. Prospectiva y concertación. Caso de Honduras .....	Sergio A. Membreno Cedillo
2	La teoría del contrato y las experiencias de concertación social en América Latina .....	Renán Rápalo Castellanos
3	Honduras, visiones históricas de país .....	Mario Argueta y Mario Posas
4	La visión de país en Clementina Suárez y Alfonso Guillén Zelaya .....	María Eugenia Ramos y Mario A. Membreno Cedillo
5	El problema de la idea de nación en la Honduras del siglo XIX .....	Rolando Sierra Fonseca
6	Los mayas: presencia histórica e identidad nacional .....	Julio Escoto
7	De la crítica de la cultura a la construcción de un proyecto histórico .....	Héctor M. Leyva
8	Las teorías de la historia y el desarrollo en Honduras .....	Rolando Sierra Fonseca
9	Estado, sociedad y visión de nación en el Siglo XXI .....	Sergio A. Membreno Cedillo
10	Proyecto de nación siglo XXI «Honduras: una patria para todos» .....	Roberto Herrera Cáceres
11	Ética del poder o poder de la ética? Reimaginando la política .....	Mario A. Membreno Cedillo
12	Honduras: descentralización y visión de país .....	Manuel Chávez Borjas
13	Honduras como interpretación .....	Rolando Sierra Fonseca
14	Honduras: una democracia en proceso .....	Mario Posas
15	El Fatalismo en la literatura y en la cultura de Honduras .....	Héctor Leyva
16	El capital social y su relación con el desempeño de la democracia local y la descentralización exitosa: el caso de Honduras .....	Jonna Maria Lundwall
17	La emergencia de la sociedad civil en Honduras: la dinámica de la esfera pública no estatal .....	José Alvaro Cáliz Rodríguez
18	La democracia desde abajo. Nuevos sujetos para la participación política en Honduras .....	Emmanuel Raison

### COLECCIÓN PROSPECTIVA

1	Repensando el mundo, tras los atentados del 11 de septiembre .....	PNUD (UPE)
2	Educación incluyente: hacia una sociedad del aprendizaje en el siglo XXI .....	Mario A. Membreno Cedillo
3	Gestión de riesgo: un enfoque prospectivo .....	Allan Lavel
4	Honduras: reforma del Estado, política pública y capacidad de gobierno para la integración en el siglo XXI .....	Sergio A. Membreno Cedillo
5	Visión estratégica para el 2021: fundamentos para una nueva nación desde los principios bíblicos .....	Sergio A. Membreno Cedillo y Virgilio Paredes (compiladores)

Los editores agradeceremos cualquier comentario o sugerencia que usted nos haga en cuanto al contenido y presentación de estos trabajos. Favor hagálos llegar a: PNUD (UPE), Casa de las Naciones Unidas, Colonia Palmira, Ave. República de Panamá, Tegucigalpa, Honduras.  
Email: upe.hn@undp.org, Tel. 504 231-0102 ext. 1611, Fax: 504 231-0102 ext. 1641.

«En 1915, a propósito de la guerra europea, Ortega y Gasset encontraba que el exacerbamiento de los nacionalismos había respondido al avivamiento de las oscuras mitologías de los pueblos. "Un pueblo —escribió— es su mitología... mitología es el aire de ideas que respiramos a toda hora; son los pensamientos espontáneos que van por las calles de las urbes como canes sin dueño; son las emociones anónimas que mueven las muchedumbres; son los prejuicios de las madres y las pardas consejas que cuentan las nodrizas; son los lugares comunes de la Prensa y de los oradores. Pero son también mitología las creencias básicas de que parte nuestro edificio espiritual, las tendencias intelectuales que constituyen el empujón inicial recibido del ambiente por nuestra conciencia infantil; es el módulo decisivo, el ritmo mental que penetra íntegramente nuestra estructura psicológica, atmósfera omnipotente e irradiante, siempre y dondequiera, eficaz, substancia colectiva de que los individuos somos solo variaciones. Una mitología es un pueblo. La mitología en que nacemos es nuestra fatalidad y nuestro determinismo".

Ortega encontraba trágico el imperio que podían ejercer las ideas de la gente común en el destino de los pueblos, ideas que consideraba más importantes que las diferencias raciales pues le resultaba ridículo pretender distinguir a un pueblo por el color de su piel o lo quebradizo de su cabello ante la evidencia portentosa para él de las diferencias culturales.

Las palabras de Ortega nos sirven para recordar la larga data de la reflexión sobre la cultura en el pensamiento hispánico (aunque pudo también citarse a Faustino Sarmiento para ofrecer un ejemplo hispanoamericano del siglo XIX) en un momento en que los estudios culturales reavivan esta reflexión en los círculos académicos europeos y norteamericanos. En segundo lugar, las palabras de Ortega nos recuerdan la necesaria indagación y enjuiciamiento de aquellos elementos de la cultura que no sólo contribuyen a perfilar una identidad sino que de forma a veces imperceptible por su carácter inconsciente ejercen su influencia en la economía y en la política y que consecuentemente inciden o comprometen la historia de los pueblos. Pero al mismo tiempo estas palabras y este estilo discursivo nos previenen de los metarrelatos intuitivos y especulativos, tal como los practica Ortega, que parten de generalizaciones insostenibles como "el pueblo y su esencia", y que desconocen su propia relatividad como discursos interpretativos y pretenden establecer como un hecho lo que es una percepción individual situada, en el sentido de que se halla determinada por su subjetividad y su contexto, y que dependen en gran medida del consenso tácito de sus lectores. »

**Héctor M. Leyva.** Doctor en Filología Hispánica con especialidad en Literatura Hispanoamericana (Universidad Complutense de Madrid; Licenciado en Letras (UNAH). Ha sido consultor e investigador para el Proyecto Estado de la Región del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Costa Rica. Actualmente es catedrático del Departamento y Carrera de Letras de la Universidad Autónoma de Honduras (UNAH). Es autor de diversos libros y ensayos, entre ellos: **Tradición y literatura oral tawahkas** (2000), **Narrativa de los Procesos revolucionarios centroamericanos** (1996), **Documentos Coloniales de Honduras** (1991), **Análisis crítico de la prensa hondureña** (2001), **La poética de la impureza en Pablo Neruda** (1995).